

LEO para curar el alma



Mirar Distinto - Colaboratorio LEO

Gloria Estrada

Tatiana Jaramillo T.

Mirar Distinto - Colaboratorio LEO

© Colección Observatorio
de Lectura
© Fondo Editorial Comfenalco

ALCALDÍA DE MEDELLÍN
Federico Gutiérrez Zuluaga
Alcalde de Medellín

Santiago Silva Jaramillo
Secretario de Cultura Ciudadana

Andrés Sarmiento Villamizar
*Subsecretario de Bibliotecas,
Lectura y Patrimonio*

Herman Montoya Gil
*Líder de programa Secretaría
de Cultura Ciudadana*

COMFENALCO ANTIOQUIA
Esteban Gallego Restrepo
Director

Carolina Franco Giraldo
*Gerente de Bienestar Social
e Intelectual*

Leidy Johana Galvis Mejía
Líder de Servicios Bibliotecarios

Andrés Felipe Ávila Roldán
*Coordinación del Área
de Fomento de la Lectura*

Gloria Estrada
Tatiana Jaramillo T.
Autoras

Diego Aristizábal
Anamaría Bedoya Builes
Coordinación editorial

Diana Carolina Giraldo
Apoyo editorial

Paula Camila O. Lema
Corrección de estilo

Manuela Correa
Ilustración y diseño

Impreso en Medellín

ISBN 978-958-8479-45-3

Primera edición, septiembre de 2024
Medellín, Colombia
Distribución gratuita

© Distrito Especial de Ciencia,
Tecnología e Innovación de
Medellín, 2024

© Comfenalco Antioquia, 2024

Derechos reservados
de los autores para textos
e imágenes, 2024

LEO para curar el alma

Mirar Distinto - Colaboratorio LEO

Gloria Estrada
Tatiana Jaramillo T.

Una publicación de:

Vigilado Superintendado

Comfenalco
Antioquia

PCLEO
En Medellín
tenemos la palabra

Alcaldía de Medellín
Oficina de
Ciencia, Tecnología e Innovación

FICHA CATALOGRÁFICA

Jaramillo, Tatiana
LEO para curar el alma: Mirar Distinto: Colaboratorio LEO / Tatiana Jaramillo;
Gloria Estrada; coordinación editorial, Anamaría Bedoya Builes, Diego Aristizábal –
Medellín: Alcaldía; Comfenalco, 2024
70 p.; il. – (Observatorio de Lectura)

ISBN 978-958-8479-45-3

1. Promoción de lectura 2. Lectura 3. Animación a la lectura 4. Lectura oral

I. Jaramillo Tatiana. II. Estrada, Gloria III. Bedoya Builes, Anamaría IV. Aristizábal, Diego. V. Título

Dewey 028.9 J37

Las entrevistas que reúne esta colección son una confluencia de inagotable curiosidad, rigor académico, aprendizaje experiencial, vida cotidiana y escucha atenta. Son una manifestación de las prácticas de lectura, escritura y oralidad; evidencia de que estas suceden en colaboración y nos posibilitan expandir las ideas, profundizar el pensamiento y cultivar empatía. Nos permiten descubrir y generar reciprocidad entre diferentes saberes. Nos impulsan a ser una humanidad más armónica en palabras, gestos e imaginación, motivándonos a mirar distinto.

Esta entrevista de Gloria Estrada a Tatiana Jaramillo T. transcurre durante un espontáneo ritual de té criollo, ceremonia en la que Tatiana ha encontrado un camino para enaltecer el gesto, el silencio, la escucha y la palabra, y un medio para “dar de leer” desde el goce, como se disfrutan el olor y el sabor de una infusión. Esta conversación indaga en cómo la promoción de la lectura, la escritura y la oralidad contribuye al bienestar individual y colectivo a partir del reconocimiento de nuestras fragilidades, heridas y fortalezas, lo que hace de los lugares de encuentro alrededor de la palabra espacios para el cuidado mutuo, posibilidades para curar el alma.

Gloria Estrada

Correctora de textos, habitante de montaña, periodista por encargo y huertera sin graduar. Autora de *Telarañas* (Arbitraria Editorial).

Tatiana Jaramillo

Licenciada en Literatura y máster en Desarrollo humano, formada en cuentoterapia. Tras quince años de labor institucional, decidió alcanzar sus sueños desde la independencia con experiencias como “Ritual de té”, rutas literarias de ciudad e “Hilo de voz”: bordados inspirados en la literatura. También promueve el acceso a la cultura escrita desde la intimidad de las cartas.

Primero lo primero: el agua al fuego y los recipientes dispuestos. Listas en las tazas las bolsas de té y, de ñapa, frutas deshidratadas. En la casa de Tatiana Jaramillo Toro siempre hay té: la oportunidad del té, la compañía del té. El té es ella misma, que propicia la conversación y se abre a las preguntas y a la reflexión. Con el agua caliente haciendo lo suyo sobre los ingredientes, volvemos al sofá, en la sala de su casa, donde hemos estado esculcando recuerdos y pensamientos.

Tatiana, que recién ha empezado a aceptar su segundo nombre —María—, es licenciada en Literatura de la Universidad de Antioquia, una carrera que solo ejerció en una ocasión. “Desde el principio yo

tenía mis dudas, pero me probé, y un día en un colegio de Medellín un estudiante me atajó en un pasillo con una navaja y me dijo que él no tenía tiempo de leer ni de ponerse a hacer tareas. Y yo pensaba (pienso todavía) que la lectura por obligación, común en tantos colegios, no tiene sentido. Nunca quise hacer parte del sistema educativo, siempre me ha parecido pesado. En realidad, nunca me vi como profe”.

Pero el pacto con los libros y con la educación ya estaba hecho, por otras vías y desde siempre. Por eso el año en que se graduó del pregrado, 1997, empezó a acompañar a su mamá, que estaba terminando Bibliotecología también en la Universidad de Antioquia, al centro de documentación de ese programa, hoy Centro de Recursos para el Aprendizaje, la Investigación y la Innovación. Así lo recuerda Tatiana: “en mi infancia no pude tener a mi madre cerca, pero a mis quince años la vida nos volvió

a juntar, y luego pudimos compartir la universidad, ella en Bibliotecología y yo en la licenciatura. Mi mamá me contaba de todo lo bueno que había en el medio para que yo lo aprovechara; ella no lo podía hacer, por el trabajo. Ahí fue cuando me habló del taller que iba a realizar Didier Álvarez en el Servicio Móvil, un área desde la cual el municipio de Medellín promovía la lectura en escuelas y colegios en los ochenta y noventa”. Tatiana asistió al taller de Didier, quien no solo influyó en su decisión de dedicarse a la mediación lectora, sino que “siguió siendo un faro” durante su formación como mediadora. “Eso fue amor a primera vista. Yo decía: ‘qué es esto tan bacano’”, relata Tatiana.

Después de ese primer contacto, empezó a trabajar para Juego Literario, un programa que cinco años antes había iniciado la Red de Bibliotecas Público-Escolares de Medellín para reunir a niños y escritores

alrededor de los libros. “Las bibliotecas son un campo de acción más amable para mi gusto. Me convertí en promotora de lectura con lo que me gustaba, que era todo lo que tuviera que ver con libros y con gente”. Luego, desde 1997 hasta 2004, trabajó en Comfenalco, y entre 2005 y 2012 fue coordinadora de proyectos en la Fundación Taller de Letras Jordi Sierra i Fabra, donde también editó la revista *El Conde Letras*.

El té calienta nuestro interior en esta tarde de lluvia y truenos. Por el balcón pasa un viento fresco que, filtrado por una pequeña selva de plantas, se cuela por la puertaventana, protegida con malla para bloquear el paso de los gatos. Nos acompañan, de lejos por ahora, Violeta y Manolo, la gata y el gato que, junto con Blanca Elsy, la mamá de Tatiana, viven en esta casa en el Centro de Medellín, la ciudad donde Tatiana nació y creció, y de donde solo se ha movido por periodos breves: “nunca dije:

‘qué pereza vivir aquí, vamos a buscar otro mundo a otro lado’. ¡Con todo lo que hay por hacer aquí! Si queremos que esto sea diferente, es aquí donde tenemos que hacer las cosas que sabemos hacer”. Además, Tatiana siempre ha sido una mujer urbana: “lo montañera apenas lo estoy descubriendo ahora”, dice.

Recientemente empezó a escudriñar sus raíces maternas en Sonsón, en el Oriente de Antioquia, de donde salió cuando apenas tenía cuarenta días de nacida, en los brazos de la madre y de la abuela, desterradas de una tierra y una cultura mojigatas y crueles con las mujeres. Para completar el cuadro, arribaron a Medellín, una ciudad que crecía sin control laderas arriba, “víctimas de la exclusión, y sin ninguna red de apoyo”, en palabras de Tatiana.

En los últimos meses Tatiana ha visitado ese pueblo en compañía de Blanca Elsy, para conocerse a sí misma, sus raíces, y

buscar posibles respuestas. Un viaje de autodescubrimiento en el que las preguntas acechan: de dónde vengo, quién soy, cuál puede ser el origen, el verdadero origen, de este dolor en el tobillo derecho... Más que por un dolor puntual, cuenta Tatiana, “la pregunta era por la genética familiar: si la artritis reumatoide con la que vengo lidiando hace 32 años tendrá que ver con mi abuelo paterno desconocido. De todas formas, creo que la templanza y lo que he aprendido de mí con esta enfermedad no lo hubiera aprendido en ningún máster, aunque no puedo negar que mis estudios han compensado y equilibrado esas partes rotas de mi vida”.

En Sonsón ha encontrado muchas resonancias, como ella las llama: ecos de su propia vida, encuentros y proyecciones ancestrales que les dan piso y sentido a sus ideas y pensamientos. Incluso esa aceptación de su segundo nombre proviene de

una nueva relación con el imaginario religioso: ya no les teme a esas imágenes sufridas, que nos enrostran sin compasión el sacrificio, la pasión y la muerte; hoy le inspiran una especie de respeto, por lo que representan para otras personas. Además, en Sonsón conoció una representación de la Virgen del Maíz con rasgos indígenas, en la versión en cerámica de Pablo Jaramillo, escultor sonsoneño. Y, en su segunda visita, conoció otra más parecida a las versiones occidentales de la Virgen: su cuerpo es una mazorca, su vestido son las hojas y el pelo es el mismo del maíz. “A mí nunca me ha gustado mi María, siempre digo solo el primer nombre, entonces quizás esté encontrándome con esta María, que también tiene otras interpretaciones más enfocadas en lo virginal, que es lo desconocido —por ejemplo, cuando uno dice que una selva o una isla es virgen—. Creo que hay una parte de mí muy desconocida, entonces es

como si estuviera echando luz sobre esa sombra que me habita”.

Sin miedo a quedar expuesta, a mostrarse vulnerable, Tatiana habla. Ella, como todos, tiene sus fracturas, sus rotos, que son, en parte, los que la han hecho quien es y tomar los caminos que viene recorriendo desde niña, desde que tuvo en sus manos un viejo ejemplar de *Los amigos del hombre*, de Celso Román. “Es un libro que quise mucho en mi infancia. Era una edición preciosa, de las primeras que sacaron los Premios Enka —recuerda—. Es la historia de un hombre muy viejo y solitario que vivía con tres animales también abandonados y enfermos. Una historia de esa compañía entre esos seres. Es el único libro que conservo de la infancia”.

Su interés por la gente, la literatura y la educación la llevó a hacer la maestría en Educación y desarrollo humano, un convenio entre la Fundación Centro Internacional

de Educación y Desarrollo Humano (Cinde) y la Universidad de Manizales, y a continuar sus estudios en cuentoterapia, de los que está a punto de graduarse. A través de la cuentoterapia descubrió, mediante un ejercicio en el que debió examinar las herencias de padre y madre, que “la letra me entró por mi papá, porque él, que era abogado, nos llevaba muchos libros a la casa y compraba enciclopedias, que era la manera de inculcar el conocimiento en ese tiempo”. De sus tíos universitarios, que eran buenos lectores y estudiantes ávidos por aprender, y con quienes vivió en su infancia, también bebió de esas fuentes.

Las familias nos marcan y nos confunden, nos alientan y nos enredan, pero en el proceso de habitar este mundo vamos sanando heridas o, al menos, reconociéndolas: “yo tuve la suerte de nacer en una familia con padres que no solo me dieron dos hogares —porque estaban separados—,

comida y educación, sino que también pusieron a mi alcance libros desde la infancia. Por la relación conflictiva de mis papás, que fue un completo caos, y la violencia generada por el alcoholismo de mi padre, de niña creía que vivir era una brega muy dolorosa. Siento que pude sobrellevar esas circunstancias difíciles gracias a una familia extendida que apoyó mi crianza y la de mi hermano; a Están, un amigo imaginario que tuve de pequeña; y a la compañía de los libros, que me mostraron que la vida podía ser de otra manera. Los libros que nos compraba mi papá eran versiones de los clásicos que estaban a la mano, los coleccionables que exhibían en el quiosco de periódicos, nada memorable, pero fue suficiente para crearme un entorno alternativo y protector”.

Ese entorno alternativo influyó en la forma en la que Tatiana ejerce la promoción de lectura como mediadora independiente: eligió lo alternativo al trabajo convencional

en entidades que imponen horarios, locaciones y métodos. Tatiana reconoce que su salud tuvo mucho que ver con el deseo de un trabajo que le permitiera ir a su propio ritmo. “Cuando los dolores óseos se me alborotaban, era difícil moverme, pensar y producir a los ritmos institucionales —dice—. He vivido en carne propia lo que dice Byung-Chul Han en *La sociedad paliativa*: que el dolor desestabiliza el sistema porque desacelera la producción, pero también se convierte en una oportunidad para expresar lo que nos duele; sin embargo, lo usual es ocultarlo y medicalizarlo, para reinsertarnos en la sociedad como seres de rendimiento”. Como crítica que es de ese sistema, Tatiana admite una combinación que le ha resultado provechosa: tramitar sus dolores con un método “a medio camino entre fármacos, especialistas y hospitales —por cierto nada hospitalarios—, y lo que activa la comprensión de mi propia

historia: la literatura, la escritura íntima, los clubes de lectura, el psicoanálisis, la cuentoterapia...”.

En ese entorno también protector y en la creación de espacios de cuidado se fundamenta la labor de Tatiana. Después de quince años de trabajo institucional como promotora de lectura, se lanzó, en 2012, al quehacer como independiente. Desde entonces ha sido líder de dos proyectos de turismo comunitario, guía de rutas literarias de ciudad, relatora en proyectos y eventos de lectura, cocreadora del taller “Cartas: un diálogo imposible” y editora de libros. Y desde hace seis años oficia rituales de té, en una combinación colombiana y japonesa que convoca, promueve y permite la reunión de personas alrededor de lo leído, para hablar del dolor, de la vida, del trabajo, del tiempo, de los rompimientos, y favorecer un entorno cálido que permita conversar, hacer comunidad, poner en palabras lo

que les atraviesa el alma. En sus rituales, Tatiana no usa tazas ni pocillos sino totumas, lo que le imprime un carácter criollo a esta legendaria práctica oriental.

“En el ejercicio como mediadora, pude constatar que una de las formas más afectuosas del trato con otros es dar de leer, porque en un libro entregas una historia o una idea, pero también la libertad para interpretar lo que recibes”, discurre Tatiana en su reflexión, como el agua.

Ella no solo lee y da de leer, también escribe, y es coautora, entre otras publicaciones, de *Seres de los reinos olvidados*, resultado de una estrategia de promoción de lectura que desarrolló el equipo de mediadores de Comfenalco en el año 2000, como parte de una exposición anual sobre temas de interés: “nos ocupamos de rastrear seres mágicos en la literatura: hadas, duendes, magos, monstruos, sirenas... Lo que encontramos y nuestro deseo de contarlo

de forma creativa dieron para un libro. La promoción de la lectura me ha parecido muy estimulante a nivel creativo, y más aún cuando implica el reto de la escritura. Ahora que miro esta obra en perspectiva, me doy cuenta de que desde mis inicios como mediadora abogué por la imaginación como una vía para hacer más llevadera la vida. Sin duda, estos seres de mundos mágicos están y estarán en los cuentos para que entremos en contacto con nuestras inquietudes más profundas, y con visiones más amplias sobre lo que es posible y deseable. Sobre todo, son herramientas simbólicas de sobrevivencia, pues, como lo señala Lorenzo Hernández Pallarés (fundador de la cuentoterapia), es más fácil para un niño poner en la figura de un monstruo el miedo a un maltratador que enfrentarlo en su vida cotidiana; con el plus de que el relato le está mostrando una salida para mirar a los ojos a ese monstruo y vencerlo”.

Libros para el té

El libro del té de Okakura Kakuzō, un texto que es la Biblia de Tatiana en sus rituales de té, enuncia en sus primeras páginas:

Charles Lamb, adepto declarado del té, ha dado la verdadera definición del teísmo al decir que el mayor placer que conocía consistía en realizar una buena acción involuntaria y en darse cuenta de ello por azar. Porque el teísmo es el arte de ocultar la belleza que se es capaz de descubrir, y sugerir la que no se osa revelar. En esto consiste el noble secreto de sonreírse a sí mismo, con calma y enteramente, y es también el humor verdadero, la sonrisa de la filosofía.

El teísmo, entendido como el camino del té o la ceremonia del té, sigue Kakuzō, se basa en la adoración de la belleza en busca de pureza y armonía, y también es el culto a lo imperfecto: “siempre queda voluntariamente algo inacabado a fin de que la imaginación pueda acabarlo a su gusto”.

La estrategia de los rituales de té surgió de la pregunta por cómo los libros, la lectura y la conversación con ellos y entre las personas podían contribuir al bienestar individual y colectivo. “La idea nació con mi socia Gina Quintero mientras hacíamos proyectos de turismo comunitario y pensábamos cómo íbamos a juntar a gente tan distinta en las rutas —cuenta Tatiana—. Entonces dijimos: el alimento nos junta y nos hace encontrar el gusto por la vida. Y a través del sentido del gusto nos propusimos generar una apertura consciente hacia el gusto por vivir”. Ahí estaba la respuesta: un encuentro en el que, alrededor de una

totuma de té, se produce un acercamiento a diferentes textos como provocadores de preguntas y de temas, para tocarse a sí mismos, poner en palabras aquello que es difícil nombrar y, así, acompañados, ampliar la mirada sobre nuestro pequeño mundo y lograr sentirnos un poco mejor.

“Los libros tienen una incidencia directa en el bienestar: compartir la lectura ayuda a generar comunidad, permite establecer lazos, no porque seamos seres sociales por naturaleza, sino porque la soledad no elegida es muy dura —afirma Tatiana—. *El libro del té* es una inspiración, un estilo de vida, y en ese sentido va la conversación que proponemos: cómo estamos viviendo, qué queremos vivir, qué queremos hacer con el tiempo... Son preguntas que nos hacemos muy poco porque vamos por la vida como autómatas del trabajo, de la familia, de lo que hay que hacer”. Su invitación es a hacer una pausa y hablar, obedeciendo

justamente a eso a lo que invita Okakura Kakuzō: “ese libro condensa todo un estilo de vida que resultó muy inspirador para nosotras, y que se materializa en elementos como la naturaleza en tanto fuente de salud y bienestar, simbolizada en el té, que en nuestro caso son tisanas de la región que compartimos en totumas. Otro asunto esencial es recuperar el sentido de trascendencia de esa época en Japón, cuando el teísmo era practicado como ritual religioso con influencias del zen y del taoísmo. También hay toda una propuesta desde la arquitectura y en la forma de habitar los espacios: quienes ingresan en la cámara de té deben agacharse para traspasar una pequeña puerta, como práctica de humildad e igualdad entre los seres humanos, un gesto que nosotras recreamos invitando a las personas a sentarse en el suelo, en cojines, para romper con la postura habitual que nos ofrecen las sillas.

Finalmente, en una ceremonia de té es primordial el cultivo de la sensibilidad y la estética al que nos alienta el arte en general. En nuestro ritual criollo, casi toda esa fuerza para entrar en contacto con lo bello se la dejamos a la literatura”.

El más reciente ritual realizado para el programa Mirar Distinto – Colaboratorio LEO se llamó “LEO para curar el alma: palabras y rituales que generan bienestar”. “Me gusta mucho la palabra *curar* —dice Tatiana—, porque está vinculada etimológicamente con *cuidar*, y uno de los ejes transversales de los rituales es el cuidado: el cuidado como principio de la vida”. En esta versión Tatiana tuvo en cuenta las bases psicoanalíticas de la cura a través de la palabra: “eso de que si no simbolizo, somatizo es vital, y es uno de los principios de la cuentoterapia, porque el símbolo es un detonador, así como los síntomas son detonadores, simbolizan algo. El símbolo

tiene la fuerza para alentarnos a narrar y ayudarnos a afrontar lo que nos duele”.

Como detonadores literarios, Tatiana se vale de obras como el ensayo titulado *Escribir*, de Marguerite Duras, en el que la escritora francesa sostiene que “escribir es crear un cuerpo paralelo del cual no podemos escapar porque las palabras nos reinsertan en lo que somos”. Y así como no podemos escapar del lenguaje, porque es el que nos configura —y, de la misma forma, puede usarse para hacer daño—, también puede hacernos resurgir de las cenizas. *La desaparición de los rituales*, de Byung-Chul Han, es otra de las herramientas que usa Tatiana para resaltar el hecho de que un ritual sucede es en comunidad: “cuando uno lanza el texto literario, que es plurisignificativo, y cuando comparte algunas preguntas movilizadoras en la plenaria o con la persona del lado, se dan unas interpretaciones que uno nunca se imaginó.

Al movilizar el símbolo, se abre un mundo muy grande, y eso no lo puede hacer uno solo, necesita al otro, esos descubrimientos los haces con el otro. Estar en comunidad es una de las fuerzas tanto de los rituales como de la sanación: volver a las redes de apoyo, volver a vernos en el otro”.

De acuerdo con Byung-Chul Han, los rituales cohesionan; por eso hacen contrapeso a una sociedad individualista y productiva, y promueven el cultivo de otros sentidos y valores, como la empatía y la inclusión, que favorecen lo comunitario. En eso se inspira Tatiana para su ritual del té, una ceremonia que pone en el centro el cuidado, eje transversal de todos y cada uno de los temas que aborda en los encuentros. “Insistimos mucho en el llamado a mantener una reverencia ante la vida, a juntarnos, aunque sea un ratito, pero que ese ratito sea lo más importante; a que nos demos el tiempo y el espacio para indagar

en nosotros mismos, cuestionar nuestra realidad y nuestro entorno, valorar lo que somos, lo que sabemos, y cuidarnos”, explica Tatiana, quien ha hecho rituales de hasta 170 personas, aunque normalmente son para 40 participantes.

La desaparición de los rituales es un documento esencial para recordar o conocer la relevancia de los ritos: permiten cierres, pasos conscientes de un estado a otro, clausurar y reanudar. El autor destaca tanto lo gregario como las posibilidades de narrar. Por eso su libro es un grito desesperado para promover ritos de cierre: “solo un demorarse contemplativo es capaz de clausurar”; ritos de paso: “los rituales configuran las transiciones esenciales de la vida”; además del acto de contar:

La religión cristiana es, en marcada medida, narrativa. Días festivos como los de Pascua, Pentecostés y Navidad son

clímax narrativos dentro de una narrativa global que genera sentido y da orientación. Cada día alcanza su tensión narrativa propia y obtiene su relevancia específica dentro de la narrativa global. El propio tiempo se hace narrativo, es decir, significativo. El capitalismo no es narrativo. No narra. Solo cuenta. Priva al tiempo de toda significación. Profana el tiempo reduciéndolo a tiempo laboral. Así es como los días resultan todos iguales.

Los rituales, en cambio, son procesos narrativos en los que el silencio, tanto como el habla, está lleno de símbolos y significado. El reposo y el silencio, tan escasos en la era digital, son entrañables para la práctica ritual.

¿Será que el acto revolucionario de nuestros tiempos es volver a la tradición? ¿Podría pensarse que los rituales de té y

la promoción de lectura son revolucionarios? Tatiana no lo duda: “eso fue lo que sentí cuando leí ese libro en plena pandemia: que en estos tiempos desencantados los rituales podrían devolvernos el coraje y las ganas de volver a estar en comunidad, y en este propósito son muy importantes las tradiciones. El reto que nos toca es decidir cuáles retomar para darles fuerza, cuáles recrear y adaptar a los nuevos tiempos, y con cuáles cortar definitivamente. Por ejemplo, para nosotras es revolucionario compartir una bebida en totuma, cuando está en auge lo desechable, o generar una profunda conexión con gente que puede pensar, sentir y tener creencias muy distintas a las nuestras. No es tan común en estos días exponerse así a la diferencia. También es revolucionario detenernos y dejar el afán de producir, para poner en práctica uno de los actos más emblemáticos de acogida y hospitalidad en todas las

culturas del mundo: compartir una bebida. Cuando hablo de *acogida* también me refiero al lenguaje como la capacidad humana de comunicarnos para acogernos unos a otros y tejer vínculos. Ese es el propósito de mi trabajo como mediadora: hacer que la gente haga cosas con palabras y sepa que puede hacerse a sí misma desde su decir”.

Los referentes literarios están por todos lados. La experticia de Tatiana es detectarlos: tomar las pistas de su banco de información, en el computador, en su biblioteca, en su propia cabeza. Sobre el bienestar, por ejemplo, puede esgrimir *Clavícula*, novela autobiográfica en la que Marta Sanz habla sobre su angustia por no encontrar un diagnóstico para su dolor de clavícula, mostrando de manera muy sutil que la posibilidad de nombrar los dolores ayuda a superarlos.

Otro referente importante es el mito del sanador herido, inspirado en Quirón, un

centauro a quien Hércules dio un flechazo en una de sus patas traseras que le produjo una herida dolorosa e incurable. Paradójicamente, Quirón herido tenía el poder de curar a los demás: “de ahí la idea de que en todo herido reside un sanador y todo sanador también puede llegar a enfermar, que nos muestra que nos movemos en un sinnúmero de posibilidades entre los polos de la salud y la enfermedad. Por eso no concuerdo con esa definición de la Organización Mundial de la Salud de que la salud es un estado completo de bienestar físico, mental y social, eso no existe: algo nos ha de doler y de incomodar para sentirnos vivos. Ese sanador herido busca la propia salud a partir del don de la herida”.

Tatiana considera que la promoción de lectura involucra en gran parte este arquetipo, “no porque curemos a la gente sino porque movilizamos sentidos, somos canales, tendemos puentes entre la lectura y

la gente. Promuevo la literatura como una forma de cuidado, y eso se relaciona mucho con el símbolo de Quirón, porque la literatura habla de los dolores del mundo, de tal modo que leer te deja aliviado porque es una catarsis o un espejo, una fuga o un consuelo”.

En la casa de Tatiana hay una pequeña pila con unas cuatro o cinco totumas que, por el uso, están quebradas. Al verlas es inevitable pensar que tanto la reparación como el reemplazo hacen parte del acto de sanar: transformar un estado en otro, moldear distinto una percepción, cambiarla para estar mejor, para beber mejor de la vida. Reparar sin ocultar la evidencia de lo que se ha roto, como en la técnica japonesa del kintsugi, “reparación dorada” en japonés, utilizada para arreglar cerámicas rotas con barniz de resina mezclado con polvo de oro, plata o platino. La filosofía en la que se basa esta técnica sostiene que las roturas

y reparaciones forman parte de la historia de un objeto y que, en lugar de ocultarse, deben mostrarse para embellecerlo y poner de manifiesto su transformación e historia. Tatiana lo resume en una bella frase: “reparación convertida en arte. Incluso hay casos en los que antiguas piezas reparadas mediante este método son más valoradas que otras que nunca se rompieron”.

El reto es juntos

“La autoayuda es un ejercicio muy individual: la persona compra el libro, lo lee y no le importan los demás”, afirma Tatiana para fijar una diferencia fundamental con las referencias literarias que hacen parte del ritual de té, y retoma a la escritora y periodista Elena Poniatowska: “le escuché algo que para mí ha sido siempre una gran verdad, sobre la importancia de la formación lectora. Ella invitaba a dar muy buenos libros a los niños para que cuando crecieran no tuvieran que buscar autoayuda, porque con los libros, incluso cuando no se está buscando respuestas, se pueden ir encontrando salidas a diferentes conflictos. Pero, en general, los seres humanos buscamos lo más fácil. La autoayuda presenta

soluciones, mientras que la literatura re-
fuerza las grandes preguntas, conmociona
y exige mucho de los lectores”.

De todas formas, reconoce que quien
quiera leer autoayuda está en la libertad
de hacerlo: es la herramienta que tiene a la
mano y que quizás le funciona. “No todo
el mundo está dispuesto a reunirse en co-
munidad. Ese es un reto fuerte, porque se
está con un montón de gente desconocida
al tiempo que se tocan las propias fibras
interiores”, dice, y enseguida recuerda que
ella y su compañera Gina, que es licenciada
en Ciencias sociales, han sido oficiantes de
rituales en momentos en los que enfrentan
sus propias tristezas o dolores y, sacando
fuerzas de donde parece que no las tuvie-
ran, asumen su compromiso: “se nos olvi-
da que nos estamos muriendo, ¿y qué es
lo que nos devuelve el bienestar, la forta-
leza, la posibilidad de sentirnos mejor? La
comunidad, la fuerza de la comunidad, las

ganas de estar ahí. Resucitamos ahí, y nos
decimos: ‘ya no nos duele’; es decir, había
que ir”.

Esta anécdota se conecta con un frag-
mento de *La desaparición de los rituales* que
dice: “El cuerpo mueve al espíritu, y no al
revés. No es el cuerpo el que obedece al es-
píritu, sino el espíritu el que obedece al
cuerpo”. En su apropiación, Tatiana re-
fuerza este principio: “también se podría
decir que el medio genera el mensaje. En
eso consiste la fuerza de los rituales. Las
formas externas conducen a alteraciones
internas. Así es como los gestos rituales de
cortesía tienen repercusiones mentales. La
bella apariencia engendra un alma bella, y
no al revés”.

El ritual

En 2018, Tatiana y Gina crearon el Ritual de té y empezaron a hacer parte de la programación mensual del Claustro Comfama, en la franja Tardes de té. Gracias a su trabajo juicioso y constante, estas mujeres ya tienen un menú con cincuenta temas para tratar en detalle en los rituales: el deseo, los límites, el miedo, la muerte, la casa, el recuerdo, las cartas, la compasión, el sueño, el cambio, el tiempo, las heridas, los objetos, las rupturas, el cuerpo, la imaginación, la felicidad, las relaciones, la soledad... “Todos los temas son asuntos vitales que resuenan en la gente por el hecho de existir. Por eso no importan la edad, el género, la religión, la postura ni el rol. La idea es juntarnos como iguales”.

Superada la pandemia —durante la cual continuaron trabajando a través de la virtualidad, también para enfrentar el propio confinamiento—, el ritual se consolidó como una alternativa para generar cambios en la mentalidad de las personas, en la medida en que invita a poner sobre la mesa asuntos de interés individual y colectivo.

El ritual tiene una estructura básica. Lo primero es la disposición del espacio: un altar en el centro, rodeado de cojines: “como lo explica *El libro del té*, sentarse en cojines tiene una simbología relacionada con la práctica de la humildad, pues todos vamos a estar al mismo nivel y en contacto con la tierra”. En este libro hay una bella referencia a la cámara del té de los tiempos del teísmo en Oriente, en la que está inspirada esta disposición:

La cámara del té (el Sukiya) no pretende ser más que una humilde mansión de

aldeano, una choza de paja, así como nosotros la llamamos. Los caracteres ideográficos originales empleados en la palabra *Sukiya* significan la Casa de la Fantasía. Más tarde, los grandes maestros del té añadieron algunos caracteres y sustituyeron otros, según sus diversas concepciones del té y de su recinto, de modo que la palabra *Sukiya* puede a su vez significar la Casa del Vacío, o la Casa de lo Asimétrico. Es, en efecto, la Casa de la Fantasía, por el hecho de ser únicamente una construcción efímera, levantada para servir de asilo a una impulsión poética. Es también la Casa del Vacío, por su falta de ornamentación, que permite colocar en ella, libremente, lo indispensable para satisfacer un capricho estético pasajero. Y es también la Casa de la Asimetría, por estar consagrada al culto de lo Imperfecto.

Una vez dada la bienvenida, las oficiantes explican la dinámica del encuentro y presentan el tema central. Una persona asiste el servicio del té con infusiones de hierbas de la región, y se encarga de mantener el agua caliente y de servirlo en las totumas. Siguiendo con la Biblia del té: “Cada fórmula de preparar las hojas posee su individualidad, sus afinidades especiales con el agua y con el calor, sus recuerdos hereditarios, su propia manera de contar. La verdadera belleza tiene que reinar en ello”.

El ritual de té siempre empieza con un fragmento de este libro. Luego se formulan preguntas a partir de otros textos o fragmentos de cuentos, poemas, ensayos, novelas... Esta es la fase de experimentación, que es cuando se empieza a tomar el té y se inicia la conversación. “Para detonar el diálogo, se acude a preguntas que involucren los saberes previos de los participantes, con el fin de ampliar los puntos de vista y

contrastar diferentes opiniones acerca del tema central. Degustar la palabra, así como los alimentos, se convierte en una práctica orientada a la trascendencia, para tomar conciencia de que nos alimentamos no solo a nivel físico, sino también emocional, mental y espiritual, y para llevar una vida en armonía con nosotros mismos, con los otros y con el entorno. Compartir el pan y la palabra es un gesto de hospitalidad medular en este ritual”, reza la presentación oficial del ritual propuesto por Tatiana y Gina.

Para Tatiana, la clave está en ese entorno, primero, y en la escucha, después: “de lo que se trata es de crear ambientes de confianza para que la palabra circule, de escuchar el cuerpo como la guía espiritual que es, de gestionar el bienestar en comunidad para encontrar respuestas juntos. Los rituales convocan la magia para ejecutar cambios, y para eso nos valemos del lenguaje, con él transitamos de un lugar

a otro. El lenguaje y el ritual son escenarios de hospitalidad. En las palabras está el poder de gestionar la conexión con la comunidad”. Esos cambios hacen parte de la última fase del ritual, la “celebración del aprendizaje”, en la que, tras un ejercicio de meditación o de escritura u otro inspirado en la cuentoterapia o en la psicomagia, se abren posibilidades de cambio, de acción práctica en la vida cotidiana.

“El ritual —dice Tatiana— es una sacudida, un llamado a crear tus propios medios para afrontar una situación. Puede que no todos lo hagan a través de la lectura, pero la literatura sí da cuerpo y pone en palabras lo innombrable. Ahí ya hay un trabajo ganado, porque tú puedes proyectar tu problema, tu inquietud, tu dolor, y verlo ahí, palpable en el texto compartido, y decir: ‘ah, este personaje lo solucionó así...’”. Tatiana se remite de nuevo a la cuentoterapia, una herramienta con

la que se buscan y se proponen, mediante el análisis de cuentos, rutas y caminos para llegar a la resolución de un conflicto: “pero el arte no siempre nos presenta un final cerrado o feliz. En *Contra el fanatismo*, Amos Oz dice que dos herramientas útiles y necesarias para evitar el fanatismo son el humor, aprender a reírse sobre todo de sí mismo, e historias con finales abiertos, porque estamos siempre exigiéndole a la vida resoluciones, y la vida es abierta, hay multiplicidad de caminos. Hay tantas formas de mirar lo mismo, que es mejor exponerse a ellas no en el pellejo propio sino en el ajeno, el de los personajes de los libros, y así duele menos”.

Con el tiempo, el té deja de estar en el centro de este pequeño e íntimo ritual instaurado en la casa de Tatiana. Ya ha hecho lo suyo: convocar, reunir, poner a rodar las palabras. Ahora no solo ellas fluyen como un río, también las conexiones, e incluso el

agradecimiento y la belleza, esa a la que el teísmo se rinde. Dice *El libro del té*:

El teísmo es un culto basado en la adoración de la belleza, tan difícil de hallar entre las vulgaridades de la trivial existencia cotidiana. Lleva a sus fieles a la inspiración de la pureza y la armonía, el sentido romántico del orden social y el misterio de la mutua misericordia.

La belleza en la palabra de Tatiana, que vuelve a usar la expresión “dar de leer” para reconocer los libros como generadores de bienestar, y, como si fuera lo más sencillo del mundo, apela a la escucha, que a ella se le da fácil, pero que en la práctica y en nuestros tiempos implica un gran esfuerzo: “dar de leer sin pedir nada a cambio, salvo la escucha. En mi caso, la vida también me ha dado regalos, como ser partícipe del proceso de padres no lectores —de

la palabra escrita— que se convirtieron en lectores porque estaban seguros de que compartiendo con sus hijos el universo de los libros iban a generar un entorno de confianza y bienestar para acoger a los recién llegados a este mundo”.

El cautivador cautivo

Violeta y Manolo se han unido sin ser llamados, aunque ¿quién puede decir que un gato no está siempre convocado? Amasan. En el sofá, en el regazo de Tatiana. Ya no truena y la lluvia amainó. El frío no. En el fondo de la copa todavía quedan las frutas deshidratadas; les ha llegado la hora de ser alimento compartido.

Mientras mordisqueamos, continuamos una charla que ha devenido en tertulia sobre los veinticinco años que Tatiana lleva como promotora de lectura. Señala la esencia: el promotor es alguien que establece vínculos, conecta lenguajes, palabras y personas. Para ella, ya lo ha dicho, es un trabajo con la combinación perfecta: gente y libros, y un oficio en el que la disposición

para conocer al otro, entender su entorno y compartir experiencias no es accesorio sino indispensable: “para mí es esencial que el mediador le guste juntarse con la gente y que sea sensible a la realidad de los otros. Así, creo, se es más asertivo en la búsqueda de libros adecuados para los lectores. El reto mayor es hacer que los no lectores de la palabra escrita se enganchen con esta práctica. En este sentido, el promotor de lectura debe contagiar su pasión por lecturas que lo hayan cautivado, y para eso necesita ser muy creativo en el diseño de actividades, estrategias, programas y planes en torno a las prácticas de lectura, escritura y oralidad. Esta es la parte que más disfruto de mi labor”.

Ser oficiante del ritual de té le ha permitido a Tatiana compartir el alimento y las palabras leídas que le han hablado de sí misma o de un momento, de su propia vida o de la vida de la ciudad o del mundo. Un promotor de lectura debe ser buen lector,

crítico, conocedor, empático, “ese ideal tan difícil de encarnar”, suspira Tatiana. Además, el escenario en el que nos movemos, el del mundo contemporáneo, variado en tecnología, conflictos y violencia, es protagónico: “en nuestro contexto, el promotor también requiere habilidades para crear entornos pacíficos y de sana convivencia. No recuerdo qué autor decía que la cultura, en lugar de integrar, suscita debates, enfrentamientos y hasta exclusiones. Así lo siento cada vez que algo se rompe en mi entorno inmediato o en el mundo. Entonces nos toca promover la apertura necesaria para mirar el mundo desde muchos puntos de vista, para que la gente no se mate y no se maltrate por pensar y sentir distinto”.

Entre colegas

Cada ritual de té es una experiencia única. Y esto sucede también cuando el público son promotores de lectura. Con ellos el encuentro gira en torno a la formación lectora y a cómo los rituales son mecanismos que facilitan la conexión entre libros y personas. “En este trabajo uno siempre se está preguntando cómo producir de la mejor manera una conversación entre este libro y este sujeto, cómo hacer la mediación de determinada obra o cómo encontrar y traer materiales apropiados para estas personas con estas problemáticas”, afirma Tatiana.

Para ella, el reto de estar entre colegas resulta fascinante por el simple hecho de que pueden explorar caminos juntos y propiciar el diálogo alrededor del oficio: “volver

la mirada a cómo, desde la vida cotidiana y como promotores, hacemos que la lectura, la escritura y la oralidad circulen de tal manera que generen comunidad y transformación. La lectura le hace algo a alguien, y eso no es inocente ni espontáneo, y por eso este es un trabajo con una intencionalidad. Lo que hacemos es preguntar: ‘qué rituales haces tú para antojar a la gente’. Nosotras empezamos a usar el alimento como detonante, y para otros la comida también puede ser un elemento importante porque se puede leer de muchas maneras, trae un montón de resonancias. Para nosotras es una metáfora de la importancia de nutrirnos mental, espiritual y emocionalmente desde la conversación y la reunión”.

Tatiana tiene claro que esas formas que los promotores se inventan para nutrir la conexión con la lectura tienen sentido si logran una incidencia más allá de esa práctica, es decir, si impactan en la vida de la

gente: “que esa lectura, esa conexión con lo leído, produzca algo en esa persona, es una forma de incidir en lo social y en lo cultural, que es el enfoque que yo aprendí desde que empecé mi formación, porque otros le podrán dar más valor a lo político... Yo me voy mucho por los terrenos del adentro, me gusta mucho trabajar el yo”.

En la sala de su casa, ya con la taza vacía, Tatiana se propone el desarrollo de una idea: “considero que cuando el fin es conocer el mundo, a los otros y a nosotros mismos, la lectura, la escritura y la oralidad son los medios para construir saber y conocimiento. Así que promover el acceso a estas prácticas abona el terreno para el desarrollo científico, que alienta, sobre todo, nuestra capacidad para hacernos preguntas, explorar, observar y cooperar con otros para construir posibles soluciones a problemas”. En sus palabras hay un hilo del cual jalar. Sin embargo, ella también

reconoce la complejidad de la relación entre la promoción de lectura y la generación de conocimiento, “mucho más en estos tiempos de posverdad, virtualización de la vida cotidiana y desarrollo veloz de la inteligencia artificial... Entonces vuelvo a aferrarme a mantener activo el circuito LEO, no tanto con fines de transmisión de certezas, como ocurre en el ámbito escolar, sino para plantearnos nuevas y necesarias preguntas, que son la génesis del conocimiento”. Las preguntas, siempre las preguntas, que son, como en el ritual de té, los motores vitales para conectarse.

En la otra cara de la moneda están las respuestas, no tanto porque se encuentren en los libros, pues quizás la literatura sea más provocadora de preguntas, sino más bien porque, como afirma Tatiana, “la formación lectora nos capacita para enfrentar situaciones de la vida y para aceptarnos vulnerables y aceptar esa incertidumbre

en la que vivimos. La lectura nos abre el mundo y nos ayuda a entender que la complejidad es parte de la vida, y eso hace la existencia más fácil”.

El Cristo de Limpias

Tatiana trae a colación, y desde una de las habitaciones de la casa, una figura del Cristo de Limpias que encontró en Sonsón. Mientras cuenta su historia y su prodigio, la acaricia con suavidad y respeto. “La mandamos restaurar, pero se pasaron. Perdió un poco de su rusticidad, lo maquillaron demasiado, lo dejaron brillante... Antes se le veía esa vejez natural. Pero bueno, igual nos parece una imagen que habla de un pasado, del pasado de un pueblo importante en la tradición antioqueña y en la historia de mi propia familia —relata—. Resulta que en la casa paterna un montón de gente se ha muerto de cáncer. Mi papá murió a los 61 años de un cáncer de pulmón. Este Cristo lo tenía mi bisabuela, la mamá de

mi abuela materna, y ella todas las noches llegaba, le hablaba, lo sobaba. Me contaron que lo llaman Cristo de Limpias y se le pide para que en la familia no haya cáncer. Y yo pensé: tan curioso que por el lado de mi mamá esa enfermedad no esté. Entonces pienso: si uno tiene fe, eso funciona. Yo no le rezo, pero sí digo que hay una fe y una presencia de esta imagen en la familia materna que ha significado algo”.

Tatiana no está promocionando la figura para la venta ni se está echando un cuento a sí misma. Simplemente está reconociendo una creencia, una costumbre. Un rito. Como mediadora sabe que parte de su práctica consiste en permitirse observar, escuchar, leer, acercarse, intentar comprender a las personas con las que va a trabajar, y preguntarse por lo que leen y por su entorno, cómo leen y qué hacen con lo que leen. “La lectura tiene una dimensión transformadora, generadora de pensamiento, pero

esa dimensión requiere que se haga de manera constante y consciente”, dice.

La tarea no es fácil. El mundo digital puede ser un aliado y también un contrincante. La promoción de lectura puede incluir actividades como el debate, el encuentro con escritores, los clubes de lectura, la dramatización, las tertulias, los concursos, la escritura, y también la integración de las tecnologías y las redes sociales, con *influencers*, *booktubers* e *instagrammers* incluidos. Es necesario encontrar la manera de captar la atención de todos los lectores con alternativas que procuren combinar las bondades virtuales con la esencia de la lectura: “es curioso porque cuando me hablan de virtualidad me siento anacrónica, pues el mundo digital me resulta abrumador. Sé que los medios y maneras de ejercer como hablantes, escuchas, lectores y escritores se han ampliado y potenciado inmensamente, pero tanto frenesí informático nos distrae y

nos mantiene entretenidos. Nos sentimos contentos por vivir sobreestimulados y monitoreados. Si un día nos toca estar desconectados, sin internet, es toda una tragedia, se nos para el mundo, porque parte importante de nuestras vidas sucede por ahí. Quizás ese sea el reto actual de la promoción de lectura: activar y afinar nuestra capacidad simbólica, el sentido crítico y la empatía, en un mundo en el que estamos dejando de lado las redes humanas que se tejen estando unos con otros, por volcarnos a las redes sociales digitales y reforzar lo que Byung-Chul Han llama 'la comunicación sin comunidad'". O como lo señala el investigador y escritor Roberto Casati en su *Elogio del papel. Contra el colonialismo digital*:

En los extremos, nuestros márgenes de maniobra están claros: aceptar totalmente la propuesta digital o rechazarla por completo. Sin embargo, en esa zona

intermedia tenemos que hacer un esfuerzo de imaginación porque los problemas son mucho más complicados. Al examinar esa zona intermedia y compleja, nos atenderemos a un mensaje en el fondo muy sencillo: la novedad no es una fatalidad, pero si las tecnologías tienen que convertirse en oportunidades, en ese caso hay que reinventarlas incesantemente.

La oración al Cristo de Limpias habla de limpieza, protección y bienestar. Quienes le piden asocian al sufrimiento de Jesús la posibilidad de que, en medio de sus heridas, les procure la curación para seguir adelante. Como un sanador herido. Otra versión, si se quiere, del mito de Quirón. La figura vuelve a su lugar como testigo de la experiencia de una mujer que nunca deja de escudriñar para aprender y para encontrar las formas de que ese aprendizaje haga la magia de conectarla con los demás.

Un hogar, muchos caminos

El día se agota. Sobre la ciudad cae la luz gris del fin de una tarde lluviosa. Las copas, sin té y sin frutas, reposan en el suelo, olisqueadas cada tanto por los gatos en su recorrido centinela. Parece una redundancia, pero solo falta hablar de un hogar: el hogar que son las bibliotecas. Porque, como ha sostenido el mismo Casati, el libro de papel no ha muerto ni parece que fuera a morir, y nos quedan estos recintos para favorecer esas dos propiedades intrínsecas del libro: la comunicación y el intercambio.

“Así como el estudiante se forma en la academia y el trabajador labora en una empresa, los lectores de vieja data tenemos las bibliotecas como ese ecosistema que nos permite sobrevivir. No nos daría

el propio bolsillo para acceder a la diversidad y calidad de materiales disponibles en una biblioteca; tampoco tendríamos, en muchos casos, la oportunidad de ser parte de una comunidad lectora, de estar con gente que se junta para compartir aficiones y búsquedas —asegura Tatiana—. En mi caso particular, he tenido la dicha de ser parte de algunos clubes de lectura, una de las formas más sanas de confrontarnos con la diferencia a partir de la diversidad de miradas. En la actualidad, lidero un club de lectura de pensionados, y nunca antes había experimentado con un grupo la libertad de decir lo que se siente y se piensa con tanto desparpajo. También soy parte del club de lectura Littera, de mujeres que leemos mujeres, porque me fui dando cuenta, como lectora, de que me faltaba escuchar esa otra versión del mundo, la contada por las mujeres, que ha sido tan desatendida por el canon literario. Tal vez, sin ser muy

consciente, ser parte de estos dos clubes de lectura ha suplido necesidades que el curso de mi vida me ha ido revelando”.

Es una fortuna que Medellín tenga tantos espacios bibliotecarios —bibliotecas, parques bibliotecas, la Casa de la Lectura Infantil, la Casa de la Literatura, centros de documentación, la Biblioteca Pública Piloto y sus cuatro filiales descentralizadas, además de las bibliotecas populares y comunitarias—, y que sean lugares para la lectura y para el encuentro, para el descubrimiento, la cultura, el ocio, el juego, el silencio, y a veces también el ruido. Vuelve y juega el rito. No hay que perder la esperanza. Lo dice Tatiana: “yo siento que esas funciones compensatorias, que han contribuido al equilibrio de nuestra ciudad, se han gestado para Medellín desde todo su entramado de bibliotecas públicas y populares, en una especie de acupuntura urbana que ha permitido regenerar parte de

nuestro tejido social roto por tanta violencia y desigualdad”.

En este tejido, las bibliotecas y los mediadores están llenos de retos, pero también de oportunidades. Entre las palabras claves dichas por Tatiana a este respecto están *movilizar los sentidos*, *dar de leer*, *escuchar* y *compartir*. El desafío es que ambos, espacios físicos y promotores de lectura, se les midan a esos compromisos, para que cada vez haya más conexiones entre libros y personas y entre las personas.

En todo este ejercicio de promover el bienestar mediante la lectura tal vez resida el deseo de que comprendamos que estar bien no implica la ausencia de problemas, turbulencias, inquietudes y necesidades, sino el reconocimiento y la capacidad de nombrarlas para empezar, al menos, a exorcizarlas; el anhelo de que la palabra escrita llegue a más gente y mejor, de manera consciente, como una forma de acercarnos

a ese bienestar. Tal vez no sea más que la búsqueda constante de caminos para transitar la vida. O, como dice Tatiana, tal vez sea un horizonte en el que las prácticas de la lectura y la escritura la hacen sentir parte de una utopía, “y, como decía Eduardo Galeano, lo importante de la utopía es que nos hace caminar”. Y en el camino solemos ser heridos, vivir con la herida, y sanar para volver a empezar.



Esta publicación es fruto de la estrategia
Mirar Distinto - Colaboratorio LEO, realizada
por la Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín
y Comfenalco Antioquia para fomentar bibliotecas
más humanas en nuestras comunidades.
Medellín, Colombia, 2024.

Una publicación de:

Comfenalco
Antioquia

PCLEO
En Medellín
tenemos *la palabra*


Alcaldía de Medellín
Ciencia, Tecnología e Innovación

Vigilado Supersubsidio

Una publicación de:

Confenalco
Antioquia

PCLEO
...
En Medellín
tenemos *la palabra*



Alcaldía de Medellín
Gobernando con Coraje
Gestión, Tecnología e Innovación

ISBN: 978-958-8479-45-3



9 789588 847945 3

